



@Cagliostro Cinema

DERIVAS Y VENIDAS DE LA PARTICIPACIÓN CULTURAL DURANTE EL COVID-19

TOMÁS PETERS

Sociólogo y Doctor en Estudios Culturales por el Birkbeck College, University of London

Un diagnóstico generalizado en el mundo de la cultura ha sido que, después de esta pandemia, nada volverá a ser como antes: muchos teatros y espacios culturales cerrarán, variados proyectos quedarán varados por falta de financiamiento, un número importante de artistas cambiarán de rubro, etcétera. En este contexto, no solo se ha develado la precarización de las/os trabajadoras/as culturales —más bien, por primera vez *todos* la viven en forma fáctica—, sino también la preocupación real por los públicos y/o consumidores

culturales. Mientras el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio despliega ayudas neutras en forma de fondos públicos, los distintos mundos artísticos han comenzado a deliberar sobre sus soportes de producción, difusión y recepción. Esto último ha sido especialmente evidente en el teatro y la música en vivo. En su conjunto, durante la pandemia la pregunta por el futuro de la cultura y las artes se ha vuelto un dolor de cabeza para las/os artistas, gestoras/es culturales y decidores de políticas culturales.

Lo cierto es que, si se revisan las investigaciones históricas sobre participación y consumo cultural, el escenario cultural previo al Covid-19 no se develaba tan promisoriamente. Por el contrario, se podría decir que, desde la emergencia de la pandemia, solo se ha acelerado un proceso crítico que ya estaba en construcción. Hace más de diez años que, según las cifras de las Encuestas Nacionales de Participación Cultural del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, las tendencias de acceso a las artes manifestaban una baja preocupante, siendo la asistencia a obras de teatro y danza, exposiciones de artes visuales, lectura de libros y visitas a museos y bibliotecas ejemplos claros de aquello. Aun cuando en algunos casos las cifras son contradictorias —por ejemplo, en el caso de museos se dice que sus estadísticas de visitas han aumentado—, es claro constatar a nivel global que existe un problema estructural en los accesos culturales. Todas las esferas de la cultura, tanto a nivel público como de organismos gremiales, han hecho manifiesta su preocupación por la figura de los públicos. Esta tendencia es relativamente reciente. De hecho, hace un par de años se creó un departamento específico en el Ministerio para discutir la estrategia pública de formación de públicos. Si bien antes existían iniciativas específicas, su preocupación a nivel institucional es reciente y demuestra la intensión clara de revertir la tendencia a la baja en el acceso cultural.

Lo que vivimos hoy en el contexto de pandemia, debería hacernos nuevas preguntas y cada vez más críticas sobre esta hipótesis del distanciamiento progresivo de las personas a los espacios culturales. Al exigir una *experiencia situada*, los espacios culturales adquieren una mayor complejidad procedimental y requieren mayores niveles de motivación. Luego de esta crisis social, política y sanitaria, el mundo de la cultura deberá estar preparado para enfrentar un escenario aún más adverso que el pronosticado inicialmente. A pesar de las estrategias que los espacios culturales puedan hacer sobre el distanciamiento social, la pregunta debería ir un poco más allá: no basta con realizar planes y programas estatales orientados a que cada uno de ellos “ programe pensando en los públicos”. Sabemos hace mucho tiempo que el acceso a las artes depende de tres variables estructurales: nivel de escolaridad, ingresos económicos y edad (más joven: más interés en acceder). Y, como es de suponer, esta composición depende de los niveles de desigualdad social que cada sociedad posea.

En este sentido, sociedades con alta desigualdad social tendrán menores niveles de acceso cultural. Y, como hemos sido testigos desde el estallido de octubre de 2019 a la actualidad, Chile lo manifiesta con creces.

Pensar las políticas culturales post-pandemia van a exigir elaborar un plan de trabajo multidimensional. Para incentivar y motivar el regreso de los públicos, se tendrá que hacer mucho más que programar para ellos. Evidentemente, cada organización y espacio cultural tendrá que hacer esfuerzos especiales de mitigación y fidelización de sus públicos (los cuales estarán, sin duda, con resquemores sanitarios). Incluso más, algunos espacios han hecho esfuerzos destacables en digitalizar sus colecciones o desarrollar experiencias de visitas virtuales en 360°. Junto con esos esfuerzos, creo que luego de este contexto se puede generar una oportunidad única para revertir los escenarios que se venían observando en los últimos años sobre el retroceso al acceso cultural. Si bien las personas realizan nuevas y diversas formas de acceso cultural —a través de sus pantallas y dispositivos *smartphones* leen, ven videos, escuchan música y comparten escritos—, refuerzo la importancia de la co-presencialidad. Cuando uno asiste a un espacio cultural construye/deconstruye su propia sociedad.

Soy optimista en esto: además de los esfuerzos públicos en ayuda monetaria y soporte material, si los espacios culturales y artistas piensan sus estrategias de vinculación y trabajo creativo con sus entornos barriales —con la panadería del barrio, el almacén de la esquina, la botillería, el colegio cercano, el restaurant de menú, la peluquería, etcétera—, entonces se podrá generar nuevas sinergias colectivas y comunitarias. En las últimas décadas, los espacios culturales han descansado en sus propios colegas y los medios de prensa (muchos han cerrado su área de cultura o directamente “bajado sus cortinas”) y han olvidado a aquellos vecinos que los miran con distancia y que, de seguro, les gustaría ser parte de un espacio donde además de compartir un territorio, también reparten sensibilidades. Una política cultural para la “post-pandemia”, debería enfocar sus esfuerzos en inscribirse en las distintas esferas de la vida cotidiana de las/os chilenos: en salud, vivienda, tercera edad, trabajo, transporte, seguridad, turismo, pobreza, etcétera. Al hacerlo, la palabra cultura volverá a tener un significado sobre *lo común* y no distante ni jerárquico. ■